



Lo más importante: quién soy ante el Padre

Homilía, 9 octubre 2019 – Krzysztof Wons SDS

[traducción]

Miércoles de la 27ª semana del Tiempo Ordinario (I)
[Jon 4, 1-11; Sal 86 (85), 3-4. 5-6. 9-10; Lc 11, 1-4]

La primera palabra de Jesús dirigida a nosotros al comienzo de este retiro es la palabra "Padre". No hay ninguna duda de que el "corazón" de las palabras de Jesús a lo largo del Evangelio es precisamente el Padre. Jesús que nos trae la Buena Nueva quiere que nos encontremos con el Padre. Él vino a cumplir la Ley y los Profetas, donde está oculto el mayor deseo de Dios, la cumbre de la revelación de su Palabra: aferrarse a Él como un niño se aferra al Padre, para convertirse en su hijo.

Jesús vive continuamente con el Padre, cara a cara. Y ahora Él quiere introducirnos en esta relación, que es la más importante de todas. Como un hermano que se sienta al lado de su hermano menor y le cuenta sobre el Padre. Jesús nos enseña la más bella de las relaciones, la del hijo con el Padre; nos enseña cómo hablar con él, cómo confiar en él, cómo hacerlo feliz, cómo glorificarlo. También nos enseña a exigirnos a nosotros mismos, a amar su voluntad en lugar de la nuestra, porque Él sabe mejor que nosotros lo que necesitamos y siempre quiere nuestro bien. Jesús nos enseña, a nosotros, hombres de poca fe, a dar un paso más: desde la fe hasta la confianza en Él. La confianza en Jesús se convierte para nosotros en el camino hacia la confianza al Padre.

El discípulo de Jesús es el que busca relacionarse con el Padre y vive en la presencia del Padre como un niño. El discípulo se identifica con Jesús y ve, como él, todo su valor "a los ojos del Padre". Para Jesús lo más importante es pensar: quién soy ante el Padre, cómo me mira el Padre, quién soy para Él. Su identidad, su conciencia de ser está profundamente arraigada en el Padre. Es por eso que se confía ininterrumpidamente al Padre, y esto también nos lo enseña a nosotros.

Por lo tanto, debemos buscar precisamente este tipo de privilegio de estar bajo su mirada. Sus ojos nos enseñarán a mirar profundamente dentro de nosotros mismos, a ir más allá de lo externo, de lo superficial para alcanzar la esencia de este privilegio. Su mirada corregirá la forma en que nos vemos a nosotros mismos, para evitar que al valorarnos nos detengamos solo en los aspectos externos, en los ritos religiosos, en las invocaciones verbales como "Señor, Señor", y nos centremos en las actitudes y obras que fluyen del corazón. El corazón es el lugar más íntimo, más amado por el Padre, donde descansa su mirada de Padre.

Si no comenzamos a cambiar la forma de ver que nos hace vivir solo para nosotros mismos y no para el Padre, como Jesús; [y que nos hace] cuidar exclusivamente nuestra apariencia a los ojos de los demás y no a los ojos del Padre, corremos el riesgo de caer en la confusión de una vida superficial, de una religiosidad exterior y de una espiritualidad superficial, donde en centro no está precisamente el Padre, sino nosotros mismos, nuestro bienestar, nuestra imagen, nuestro éxito, la buena opinión a los ojos de los demás, los aplausos.

En ese caso, nuestra vida se convertirá en un teatro, donde desempeñaremos el papel de "correcto", de "devoto", de "amable" y comenzaremos a depender de dicho teatro y se esconderán bajo la máscara del actor, la búsqueda de nosotros mismos, el egoísmo, la arrogancia y el orgullo.

Si comenzamos a cambiar la forma de ver aprenderemos a orar como un niño, a bendecir al Padre, a extrañarlo, a sentir nostalgia de Él, a entregarnos a Él, a confiar en que nunca nos dejará sin pan, que siempre nos perdonará, siempre nos protegerá y siempre nos liberará del mal. Y cada vez que digamos las palabras: "perdónanos ..." recordaremos que el Padre quiere que amemos a nuestros hermanos con Su mismo amor, porque ellos también son sus hijos. Jesús, el hermano mayor, nos guía juntos y nos enseña la oración al Padre que tenemos en común.